

- Prólogo de *El negro del Narciso*.
Joseph Conrad

Toda obra que aspira, por humildemente que sea, a elevarse a la altura del arte debe justificar su existencia en cada línea. Y el propio arte podría definirse como la tentativa de un espíritu individual para hacer justicia, lo mejor que se pueda, al universo visible, trayendo a la luz la verdad diversa y única que entraña cada uno de sus aspectos. Es el esfuerzo para descubrir en sus formas, en sus colores, en su luz, en sus sombras, en los aspectos de la materia y los hechos de la vida misma, lo que le es fundamental, lo esencial y perdurable —su cualidad más evocadora y más convincente—, la verdad misma de su existencia. Así el artista, al igual que el pensador o el hombre de ciencia, busca la verdad, para sacarla a luz. Atraído por las entrañas ocultas del mundo visible, el pensador se adentra en la región de las ideas, el hombre de ciencia en el dominio de los hechos, de los que se desprenden las verdades prácticas que convienen a esta azarosa empresa que es nuestra vida. Hablan autoritadamente a nuestro sentido común, a nuestra inteligencia, a nuestro deseo de paz o a nuestra inquietud, muchas veces a nuestros prejuicios, algunas a nuestras limitaciones, con frecuencia a nuestro egoísmo, y casi siempre a nuestra credulidad. Y se escuchan sus palabras con respeto, porque al fin y al cabo, atañen a graves cuestiones, al cultivo de nuestro espíritu o la preservación de nuestro cuerpo, a la realización de nuestras ambiciones, a la perfección de nuestros medios y a la glorificación de nuestros éxitos.

En lo que atañe al artista, la cosa es muy distinta.

En presencia del mismo espectáculo enigmático, el artista se repliega en sí mismo, y solitario en esa región de esfuerzo y de lucha íntima, descubre los términos de un mensaje dirigido a cualidades mucho menos evidentes en nosotros: a esa parte de nuestra natu-

raleza que, debido a que la existencia es un combate, se esconde fatalmente tras otras virtudes más resistentes y más rudas. El mensaje del arte es menos ruidoso, más profundo, menos preciso, más conmovedor y más fácil de olvidar. No obstante, su efecto dura siempre. La cambiante sabiduría de las generaciones sucesivas hace que se abandonen las ideas, que se pongan en tela de juicio los hechos, que se destruyan las teorías. Pero el artista habla a esa parte íntima de nuestro ser que no depende de la sabiduría, a lo que es en nosotros un don y no una adquisición, y es, por consiguiente, más duradero. Habla a nuestra capacidad de alegría y de admiración, se dirige al sentimiento del misterio que rodea nuestras vidas, a nuestro sentido de la piedad, de la belleza y del dolor, al sentimiento que nos vincula con toda la creación; y a la convicción sutil, pero invencible, de la solidaridad que une la soledad de innumerables corazones: a esa solidaridad en los sueños, en el placer, en la tristeza, en los anhelos, en las ilusiones, en la esperanza y el temor, que relaciona a cada hombre con su prójimo y mancomuna toda la humanidad, los muertos con los vivos, y los vivos con aquellos que aun han de nacer. Este encadenamiento de ideas, o más bien de sentimientos, es lo único que puede explicar, en cierta medida, la tentativa llevada a cabo en la siguiente narración para presentar una aventura, tomada del oscuro existir de unos cuantos individuos pertenecientes a la muchedumbre de gentes sencillas, ingenuas y sin voz. Pues si lo que acabo de confesar contiene una parte de la verdad, es evidente que no hay lugar alguno de esplendor, ni oscuro rincón sobre la tierra que no mezca, cuando menos, una mirada pasajera de admiración o de piedad. Esa intención puede, entonces, justificar el material de esta obra. Pero este prefacio, que

no es sino la confesión de una intención, no podría concluir aquí, ya que la confesión no ha terminado.

Toda novela —por poco que se esfuerce para llegar a ser una obra de arte—, se dirige al temperamento. Y en verdad, lo mismo que en la pintura, la música y todas las demás artes, debe ser el llamado de un temperamento a todos los demás innumerables temperamentos cuyo poder sutil e irresistible confiere a los acontecimientos efímeros su verdadero sentido y crea la atmósfera moral y emocional del lugar y del tiempo. Tal llamado, para producir su efecto, debe ser una impresión transmitida por los sentidos; y de hecho no podría ser de otro modo, ya que el temperamento, lo mismo individual que colectivo, no se halla sometido a la persuasión. Todo arte debe dirigirse en primer término a los sentidos, y una concepción artística que se expresa con ayuda de la palabra escrita debe dirigirse a los sentidos si su intención profunda es alcanzar el manantial mismo de nuestras emociones. Tendrá que aspirar con todas sus fuerzas a la plasticidad de la escultura, al color de la pintura, a la mágica sugestión de la música, que es el arte supremo. Y sólo mediante una devoción absoluta e inquebrantable al perfecto acuerdo de la forma con la sustancia, sólo mediante un cuidado incesante del contorno y la sonoridad de la frase, se podrá lograr la plasticidad y el color, y podrá centellear furtivamente la luz de la sugestión mágica en la trivial superficie de las palabras, de las pobres palabras, caducas, agotadas y desfiguradas por varios siglos de empleo negligente.

Un esfuerzo sincero para llevar a cabo esta tarea creadora, para caminar por esta vía todo lo lejos que sus fuerzas le permitan, sin dejarse abatir por las vacilaciones, el cansancio o los reproches, es la única justificación valedera del que trabaja en una obra de imagina-

ción. Y si tiene la conciencia clara, deberá responder a aquellos que, en la plenitud de un saber que busca un provecho inmediato, exigen que, sin demora, se los consuele, divierta o dé ejemplo, cuando no que se los mejore, anime, asuste, violente o deleite; deberá responderles lo siguiente: “El fin que me esfuerzo por alcanzar, sin otra ayuda que la de la palabra escrita, es hacerles comprender, hacerles sentir y, ante todo, hacerles ver. Esto, y sólo esto, simplemente. Si lo consiguen ustedes encontrarán aquí, de acuerdo a sus merecimientos, ánimo, consuelo, terror, deleite, todo lo que puede complacerles, y acaso también ese atisbo de la verdad, que ustedes olvidaron reclamar”.

Sorprender y captar, en un momento de audacia, en el curso implacable del tiempo, una fase efímera de la vida, no es sino el comienzo del trabajo. La tarea, emprendida con ternura y con fe, consiste en mantener resueltamente, sin vacilación ni temor, en presencia de todos y a la luz de una actitud sincera, este fragmento de vida. Consiste en mostrar su vibración, su color y su forma, y a través de su movilidad, su forma y su color, revelar la sustancia misma de su verdad; descubrir el secreto evocador, la fuerza y la pasión que se esconden en el corazón de cada instante. En este tipo de esfuerzo individual, con un poco de destreza y de suerte, se puede a veces alcanzar una sinceridad tan perfecta que, finalmente, la visión de dolor o de piedad, de terror o de júbilo, acabará despertando en el corazón de los espectadores el sentimiento de una inquebrantable solidaridad, de esa solidaridad en los orígenes misteriosos, en el trabajo, en la alegría, en la esperanza, en el destino incierto, que una a todos los hombres entre sí, y a la humanidad entera con el mundo visible que habita.

Es evidente que quien, con razón o sin ella sigue ape-



gado a las convicciones que acabo de expresar, no puede ser fiel a ninguna de las formas temporales de su arte. La parte duradera que traen consigo —esa verdad que todas ellas disimulan imperfectamente—, será para él la más preciosa de las posesiones, pero todas ellas: Realismo, Romanticismo, Naturalismo, y aun el sentimentalismo (que, como los pobres, resulta tan difícil de ahuyentar), todos esos dioses, al cabo de algún tiempo de haber vivido en su compañía, tendrán que abandonarlo, aunque sea en el umbral del templo, ante las dificultades que presenta su tarea. En esta penosa soledad, la divisa del arte por el arte pierde la sonoridad de su aparente inmoralidad. Se la oye resonar a lo lejos, pronto no es ya sino un grito, y no tarda en oírse sólo como un suspiro, a menudo incomprensible, pero en ciertas ocasiones vagamente alentador.

A veces, descansando a la sombra que bordea el camino, observamos a lo lejos, en un campo, la actividad de un labrador, y al cabo de un momento nos preguntamos lánguidamente en qué se halla ocupado ese hombre. Observamos los movimientos de su cuerpo, el balanceo de sus brazos; lo vemos encorvarse, erguirse, vacilar, comenzar de nuevo. El placer de una hora de ocio puede aumentar cuando se conoce el objeto de su trabajo. Si sabemos que intenta levantar una piedra, abrir un foso, sacar un tronco, tomaremos más interés en sus esfuerzos, hasta consentiremos que su agitación perturbe la quietud del paisaje, y a poco que nos sintamos de humor fraterno, hasta llegaremos a disculpar su escaso éxito. Hemos comprendido lo que quería hacer y, después de todo, ese hombre ha hecho lo que ha podido; no es culpa suya si, quizá, no tenía la fuerza o la destreza necesarias. Perdonando, seguimos nuestro camino, y olvidamos.

Lo mismo ocurre con aquel que trabaja la obra de arte. El arte es largo, la vida corta, y la verdad muy lejana. Así, inseguro de las propias fuerzas para tan largo viaje, se pone uno a hablar del fin perseguido, del fin del arte que, como la propia vida, es atrayente, difícil de alcanzar, y está oscurecido por la bruma. No es la conclusión de una lógica triunfante, no se encuentra en la revelación de esos secretos que llamamos “leyes de la naturaleza”. No es menos grande que ellos, sólo que es más difícilmente accesible.

Detener por un momento las manos ocupadas en los trabajos prácticos de la tierra, obligar a los hombres absortos en el lejano espectáculo de los éxitos materiales, a contemplar un momento en torno de ellos, una visión de formas, de colores, de luz y de sombra; hacerlos detenerse, el tiempo de una mirada, de un suspiro, de una sonrisa, esa es la finalidad, difícil y fugitiva, y a muy pocos de nosotros concedida. Pero a veces, por efecto de la gracia y del mérito, ese objetivo puede ser alcanzado. Y una vez alcanzado —¡oh, maravilla!— he aquí que toda la verdad de la vida se encuentra en él: un instante de visión, un suspiro, una sonrisa, y el retorno a un eterno reposo.

1897

